

34 II 52

Acabamos de salir de una guerra que ha costado 47 millones de vidas humanas, dejando pendiente el problema dramático de otros tantos millones de hombres y mujeres desplazados, procritos y exilados. Los diarios, alimento espiritual del hombre de la calle, llenan sus planas con las noticias acerca de las difíciles y complicadas deliberaciones seguidas para acelerar el rearme del Occidente, la bomba atómica y la de hidrógeno, los llamados Congresos por la Paz, las purgas continuas e inexorables aplicadas en los países comunistas, las rebeliones de los pueblos puestos en régimen colonial contra sus tutores, las luchas antiracistas, las guerras de Corea e Indochina y los pronunciamientos de tipo feudal o fascista en los países árabes e iberoamericanos. En los modos aplicados por la humanidad, gana cada día una batalla la estrategia contra la meral. Los hombres y los Estados vuelven sus espaldas a los principios, para acomodar su conducta a las conveniencias de momento, según la estimación de la política dominante.

¿Qué es lo que aprenden los hombres de mañana? ¿Qué lecciones damos a nuestra juventud? ¿Cómo cumplen con su deber los padres para con sus hijos? ¿Cuál es la conducta de los maestros y la actitud de la Sociedad? Estos candentes problemas son afrontados por Archibald Sinclair, Director de las Escuelas de Segunda Enseñanza de Cardiff, en un trabajo distribuido a la prensa, que nosotros hemos leído en el semanario londinense "NEWS OF THE WORLD", del domingo 18 del mes en curso. Damos a continuación un extracto del concienzudo estudio, pues que el tema abordado, aunque tratado para Gran Bretaña, nos afecta a todos, con carácter universal. De manera singular -si cabe-, nos toca de cerca a nosotros, como católicos, demócratas y vascos, pues que la familia -y la familia cristiana-, es base fundamental de nuestra constitución social y pre cu-

pación programática de nuestro ideario, en los órdenes moral, político y religioso.

El mes pasado fueron condenados tres jóvenes¹ ingleses, uno de 19 y dos de 16 años, a las penas de muerte, cadena perpetua y cuatro años de prisión, respectivamente.

El tercero de ellos es un estudiante de último curso de Segunda Enseñanza, que este año debiera haber ingresado en la Universidad. No ha ce mucho tiempo, otros jóvenes de edades similares cayeron muertos en Chatham Road. Pero todo lo olvidamos demasiado pronto. Sin embargo, estos hechos nos ofrecen la indicación de la edad en que vivimos y del mundo en el que hacen nuestros hijos, planteando graves problemas a los maestros, legisladores y gobernantes, aparte los que atañen a sus propios padres.

Veinte mil adultos pueblan las prisiones británicas. Son decretados 50 mil divorcios al año; y 200 mil hijos de esos matrimonios divorciados pierden la seguridad de un hogar feliz. Se cuentan hasta 20 mil bigamos. El cinco por ciento de los niños nacen fuera de matrimonio. Los problemas de adopción alcanzan, anualmente, a 20 mil criaturas, que se ven compelidas a probar la fortuna del amor en otros hogares. El grave problema de la habitación obliga a vivir amontonados hombres, mujeres y niños, en casas insalubres y horrendas condiciones morales.

Los jóvenes oyen o leen que su país recibe la ayuda del Plan Marshall, pero observan la crisis económica permanente en que se debate. No pueden entender el que sus padres, prácticamente ausentes de su casa durante seis días de la semana, no puedan obtener mayores beneficios de su trabajo. Y, sin embargo, en estos tiempos de tal manera difíciles, son invertidos muchos millones en bares, juegos y espectáculos. Oye hablar la juventud de libertad para adquisición de leche y otros alimentos, de educación gratuita, libre asistencia sanitaria y de otras asistencias sociales del Estado providencia. Y, ~~en~~ sin embargo, observa que una gangre-

na moral aflige al país, y acaba por deducir que un hombre honesto es "rara avis". La vida británica está hoy controlada por 23 mil regulaciones, mientras que en la sociedad primitiva fueron suficientes diez Mandamientos. El pueblo de hoy vive distraído, pero no es educado. La mecanización de la vida ha privado al trabajo de su sentido emocional.

Muchas iglesias están vacías. El pueblo se ha alejado de las preocupaciones y prácticas religiosas. Los crímenes van en aumento. La edad de los delincuentes ha descendido a los veinte años. Los jóvenes no escuchan pláticas de virtud y espiritualidad. Nadie les habla de su alma, pero oyen hablar de ladrones. No son educados en principios religiosos, que conocen -si llegan a conocerlos-, cuando ya son adultos. Observan nuestros buenos y malos hábitos, nuestra disciplina moral o la falta de esa disciplina. En realidad, la delincuencia juvenil arrastra una significación penal de discernimiento que corresponde a la delincuencia de los adultos, que llegaron a la mayor edad criminal.

Echamos la culpa de nuestros males al "laissez-faire" económico del siglo XIX y a su "laissez-faire" político, que desembocaron en las dos monstruosas guerras que nuestra generación ha presenciado. Pero el dirigismo económico nos ha llevado al "laissez-faire" moral y al abandono de los principios en nuestras conductas, tanto de orden público como del privado. En esta materia, nadie está libre de culpa. Pero es lo cierto que los jóvenes, al observar las contradicciones y la falta de moral en que el mundo se debate, dicen con Shylock: "La villanía me enseña; yo ejecuto"X. El resultado es desolador. El diez por ciento de nuestros niños constituyen un problema, y los restantes tienen también sus problemas. En un sólo año, han sido tratados 50 mil casos de delincuencia infantil en grados diversos. En esta cifra no están comprendidos los jóvenes, ni los casos que han pasado desapercibidos para las autoridades.

Diez mil muchachos se reeducan en reformatorios. El costo de

cada uno de ellos es de 350 libras al año; más que el que ha de abonarse en los Colegios de Eaton, Harrow, Winchester o Rugby.

En nuestras reformas penales se ha olvidado distinguir entre sentimiento y sentimentalismo, libertad y licencia. Huyendo de la dureza del castigo clásico, hemos caído en la indulgencia para el delincuente. Hemos importado de América literatura barata y cine, sin prevenir las consecuencias de esa educación aplicada a las mentes jóvenes, sin madurez intelectual. Y se espera del maestro que, en las cinco horas diarias que tiene al escolar bajo su dirección, realice el milagro de corregir el efecto fatal que sobre los niños ejerce una educación social que bien puede calificarse, con excesiva frecuencia, de salvaje, bárbara y criminal. Y el trabajo del maestro no se facilita ciertamente con el conocimiento de la condición que la sociedad le otorga. Es más ventajoso extraer un diente al chico, que enseñarle uno de los diez Mandamientos; y aprovecha más ponerle gafas a un muchacho, que enseñarle a leer.

Los padres, con excesiva frecuencia, cuidan más de ganar dinero en sus empleos que de educar a sus hijos. Estos crecen en medio de sus vicios, sin que les falten medios para ir al cine. El chico necesita más de su madre, que del sueldo que ésta gane en el taller para poder instalar en casa la televisión. Nunca el sentido de responsabilidad paternal llegó a tan bajo nivel en este país. Los padres procuran endosar a otros la responsabilidad de educar a sus hijos. Es falso lo que con frecuencia se afirma de los muchachos traviosos, que sólo pueden corregirse poniéndolos en manos del psicólogo. Los muchachos necesitan aprender en casa lo que es buena educación, disciplina y respeto. Todos los intentos de carácter social fracasarán mientras los padres pretenden olvidar su deber primordial de educar a sus hijos.

Hemos querido dar a nuestros oyentes el traslado de las cuartillas que acabamos de leer, porque se refieren a un tema fundamental que

debe preocuparnos como cristianos, como vascos y como demócratas, si aspiramos a formar una sociedad digna. El conocimiento de las dificultades con las que los educadores británicos se enfrentan, pueda servirnos de experiencia aprovechable.

X X X

Han ~~escuchado~~ escuchado ustedes la lectura del artículo titulado "LOS HOMBRES DE MAÑANA", escrito por nuestro colaborador Manuel de IRUJO.

52/II/1-8